

» que Gregorio no ha poseído nada en este mundo, ni aun un » sepulcro. » Feliz edad de la naciente Iglesia, en que la santidad se dejaba como en herencia, y en que se hallaba siempre un discípulo para recoger el manto de Elías.

6. El papa san Dionisio murió también el 26 de diciembre de 269, después de diez años de pontificado. Le llama san Basilio un papa ilustre por la integridad de la fe y el brillo de sus virtudes. Las dos herejías de Sabelio y Pablo de Samosata habían hallado en él un dignísimo adversario. Había dividido las iglesias y cementerios de Roma entre sus sacerdotes, y estableció la división de las diócesis y de las parroquias. Ordenó á san Zamas, primer obispo de Bolonia; se esmeró mucho en restablecer en su primitivo vigor las diversas instituciones canónicas y disciplinales, algun tanto perturbadas durante la persecución de Valeriano. Este santo pontífice poseía profundos conocimientos de las doctrinas de la Iglesia. Ya en los tiempos de la discusión sobre el bautismo conferido por los herejes, y no siendo aun sino simple sacerdote, había dado pruebas de sus ciencias eclesiásticas, sosteniendo con calor la decisión del papa san Estéban I, y uniéndose más tarde á su tocayo san Dionisio de Alejandría, cuando este trataba de moderar la severidad de la sentencia y de aconsejar la paz.

S. II. SAN FÉLIX I, PAPA (27 de diciembre de 269-22 de diciembre de 274).

7. Al siguiente día del fallecimiento del papa san Dionisio, fué elegido para sucederle san Félix, primero de este nombre. Pero después recibió la carta dirigida á su antecesor, por la cual participaban á la Santa Sede los obispos del concilio Antioqueno la condenación de Pablo Samosateno: la confirmó el nuevo papa con su autoridad, y escribió así á Máximo, obispo de Alejandría, sucesor de san Dionisio en el gobierno de aquella iglesia por estas palabras: « Creemos en Jesucristo, » nuestro Señor, nacido de la Virgen María. Creemos que es » el Verbo eterno, hijo unigénito de Dios. No; no habitó sola- » mente Dios en un hombre: hijo de Dios, era Dios perfecto

» y hombre perfecto después de su encarnación, sin que se » puedan distinguir en él dos personas. »

8. Desde el fondo mismo de la Persia, otro hereje, cuyo nombre y errores estaban destinados á mayor resonamiento, preparaba nuevas borrascas en la Iglesia. Anunciábase como enviado de Dios para hacer recordar al mundo la verdad, y traer los cristianos á la pureza de la fe. Su traje era tan extraño como su doctrina; y su singularidad exaltaba la imaginación de las muchedumbres. Llevaba borceguies con talones muy altos para aumentar su estatura; un manto flotante de diversos colores, lo que daba á su andar y á su porte algo de aéreo; llevaba un gran bastón de ébano sobre que se apoyaba cuando marchaba, y bajo del brazo un libro escrito en caracteres babilonios; una pierna envuelta en una tela encarnada, y la otra pierna en otra de sarga verde. Tal se hacía ver, semejante á un sátrapa persa, el esclavo Cubric, hecho muy pronto heresiarca, y llamándose Manes, padre del maniqueísmo. Se atribuía el don de milagros, y pretendía curar todas las enfermedades con la eficacia de sus oraciones. Echado á un calabozo por sus imposturas, había asesinado á su carcelero: logró escaparse de la cárcel, y salirse de Persia, su patria: se presentó en Carrhas de la Mesopotamia el antiguo Haran de la Escritura, precedido de la reputación que se había hecho con ayuda de cómplices ó de seducidos, y de esta carta extraña que había dirigido á Marcel, discípulo de san Arquelao, obispo de aquella ciudad:

9. « Manes, apóstol de Jesucristo, y todos los santos y vír- » genes que están conmigo, á Marcelo, mi hijo muy amado, » gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y nuestro » Señor Jesucristo. Presérveos la mano de luz de los males » del siglo presente, de sus peligros y de los lazos del princi- » pio del mal. Amen. — He sabido con gozo que es grande » vuestra caridad; pero me es muy doloroso de no ver vuestra » fe conforme á la verdadera doctrina. Enviado por Dios para » enderezar el género humano, que se va perdiendo, he creído » necesario escribiros para la salvación de vuestra alma y bien

» espiritual de los que os rodean. Sabed pues, hijo mio, discernir el error que enseñan los doctores vulgares. Dicen que el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la carne y el espíritu vienen del mismo principio y se confunden incesantemente uno con otro. ¿Cómo osan decir que Dios sea el autor y el criador de Satanás y de sus malas obras? Aun han ido mas lejos; porque no se ruborizan al afirmar que el Verbo, hijo único del Padre, es hijo de una mujer, llamada María, formado de carne y sangre, principio de corrupcion y de muerte. No insisto mas por ahora en los demás errores, reservándome hacerlo cuando esté con vos. No dudo del celo activo y pronto con que acogeréis la doctrina verdadera apenas la conozcais. Por lo demás, no intento imponer la fe con el terror, como lo hacen los otros doctores, sino por medio de la persuasion. »

10. El sistema de la dualidad que Manes traia al Occidente no era nuevo; ya mucho antes habia nacido allí de la antigua creencia de la Persia en el genio del bien y en el genio del mal. Subiendo hasta el origen de esta doctrina, se la verá formulada en el sistema de Pitágoras, y mas tarde personificada en Ormuzdo y Zerdaste, dioses persas. Con todo fué obra de Manes, el que de estos elementos paganos logró componer una *teogonía*, que hasta cierto punto se adaptaba á los dogmas del cristianismo. Reconocía ó predicaba dos dioses eternos, nacidos de sí mismos, opuestos el uno al otro; el uno principio del bien, á quien llamaba Luz, y el otro principio del mal, á quien llamaba Tinieblas. El alma humana era una centella de la luz, y el cuerpo una partícula de las tineblas. Venian despues emanaciones y generaciones de principios que Manes habia sacado del gnosticismo.

11. La presencia de Manes en Carrhas habia traido un inmenso auditorio á las conferencias que abrió con el santo obispo Arquelao. A pesar del prestigio de su nombradía y el arte infinito de su palabra ó elocucion, á lo cual debia Manes su nombre, porque Manes en lengua pèrsica quiere decir hijo de la elocuencia, el heresiarca fué vencido por la sencilla ló-

gica y ardiente fe del obispo. Este triunfo, acogido por toda la asamblea con los mayores aplausos, fué tan señalado que Turbon, discípulo favorito de Manes, abandonó á su maestro y se puso en manos de Arquelao.

El nuevo Paraclete, porque tambien se daba este nombre Manes, tuvo aun menos éxito, si es posible, en otra conferencia con un santo sacerdote de un lugar vecino, llamado Diodoro. La gente, reunida para presenciar esta lucha de la verdad contra el error, tomó tan decididamente partido por la verdadera doctrina, que persiguió al heresiarca y le amenazó llevarlo preso al rey de Persia. Manes pudo escaparse, y se retiró á una fortaleza de la frontera. No tardó en ser prendido por los soldados del rey de Persia, el cual le hizo despellejar vivo con puntas de caña, para vindicar el asesinato del carcelero. Su cuerpo fué abandonado á los perros y aves carnívoras; y su pellejo, disecado, fué puesto en la puerta de la ciudad, en donde se guardaba aun en tiempo de san Cirilo y de san Epifanio. Manes fué ajusticiado el año 284.

Hemos anticipado estos acontecimientos para ir relatando consecutivamente lo que la historia nos ha dejado escrito de mas importante de la vida y acciones de Manes. Su doctrina no murió con él, y la veremos frecuentemente en lucha con la fe de la Iglesia.

12. Aureliano, llegado al imperio en 270, se mostró favorable á los cristianos en un principio; pero poco despues, llevado de la idea de hacer su nombre memorable con la destruccion de una religion que veia extenderse con tanta rapidez por todas las provincias del imperio, se hizo su cruel persecuidor. La primera vez que quiso firmar el edicto de persecucion, cayendo un rayo á su lado, le arrancó la pluma. Este aviso tan terrible del cielo no bastó para hacerle mudar sus sanguinarios proyectos, y algunos años despues, en 274, publicó la nona persecucion general de la Iglesia. Como si hubiese querido el Señor medir los años de su reinado con la duracion de su proteccion á los cristianos, apenas si habian pasado ocho meses de su fatal proyecto, cuando marchando

al Oriente con designio de hacer la guerra de la Persia, fué muerto por uno de los comandantes de su ejército entre Heraclea y Bizancio : así es que aun no habia tenido tiempo de hacer llegar sus edictos á todas las provincias lejanas. Sin embargo bastaba que fuesen conocidas sus intenciones hostiles contra los cristianos para que hubiese gran número de mártires. Las Galias, en donde habia firmado el edicto de persecucion, fueron la provincia del imperio en donde hubo mas. Santa Colomba en Sens, san Patroclo y san Saviniano en Troyes, san Reverieno en Autun, san Prisco en Auxerre, fueron todos mártires célebres. La Italia tuvo tambien sus víctimas : San Agapito de Palestrina, santa Restituta de Sora, en el Lacio, san Félix, san Ireneo y santa Mustiola de Sutri, dieron su vida por Jesucristo. En el Oriente la historia nos ha conservado los nombres de los santos mártires Conon y Mamas.

13. El papa san Félix I estaba naturalmente designado por su dignidad á las vejaciones de la persecucion. Murió en sus tormentos el 22 de diciembre de 274. El Pontifical le atribuye haber renovado la antigua ordenanza de celebrar el santo sacrificio de la misa sobre las tumbas de los mártires. Ordenó tambien consagrar los altares y poner en ellos reliquias de mártires : gobernó la Iglesia cinco años, y fué enterrado en el cementerio de la via Aureliana, en el sitio donde fué despues consagrada una iglesia por Félix II, á dos millas de Roma.

§ III. SAN EUTIQUIANO, PAPA (4 de enero de 275-7 de diciembre de 283).

14. Se nombró por sucesor de san Félix á Eutiquiano, el 4 de enero de 275. Habia concluido entonces mismo la nona persecucion general con la vida de Aureliano, y san Félix II habia sido su última víctima : tormenta pasajera, precursora de otra que fué la mas terrible de todas cuantas hasta entonces habian batido en sus furiosas olas el bajel de la Iglesia. Bajo el gobierno de Eutiquiano los fieles respiraron y vivieron en paz, en tanto que la púrpura del imperio iba pasando como por turno de uno á otro por los emperadores Tácito, Probo, Caro, Carino

y Numeriano, á los cuales hacia subir al trono el capricho de los pretorianos, para luego llevarlos al cadalso. Los Bárbaros, bajo los nombres de Gépidas, Juthongos, Vándalos, Blemios, Alanos, Godos, Francos, Burguñones, etc., se aprovechaban de esas rápidas sucesiones de emperadores para desmembrar el imperio. Vencidas estas hordas algunas veces en combates gigantescos en que quedaban tendidos en el campo de batalla hasta cuatrocientos mil combatientes, vomitaban muchedumbres innumerables en la Siria, en el Asia menor, en la Tracia, sobre el Bósforo ; y en Occidente, en la Gran Bretaña, Alemania, las Galias, España y las fronteras de Italia. El cristianismo ganaba en potencia con las pérdidas del imperio. Los Bárbaros no hallaban en el mundo romano sino una sola cosa viva y fuerte : la fe de los cristianos ; y poco á poco se acostumbraban á doblegarse bajo su influencia misteriosa.

15. Santos obispos iban sucediéndose en las sillas de las grandes capitales. En Antioquía, san Cirilo borraba los últimos restos de la herejía de Pablo Samosateno, y reconciliaba con la Iglesia al sacerdote san Luciano, extraviado algun tiempo por el error y luego uno de los mártires de la persecucion de Diocleciano (279). En la misma época, un patriarca de la ciencia y de las virtudes cristianas, Doroteo, sacerdote de Antioquía, ofrecia á la edad de 105 años el espectáculo de una vida pasada en el estudio y práctica de una religion que hacia su honra y su gloria. Profundamente versado en las humanidades, habia dedicado sus conocimientos á la interpretacion de la Escritura, que leia y explicaba en el texto original. Murió colmado de años y de méritos, dejando reputacion de uno de los mas sabios doctores de su tiempo. — Alejandria, bajo el gobierno de su obispo Theonas, mantenía su nombradía antigua. Achilas ocupaba la cátedra de Clemente y de Orígenes. Era profundo filósofo y cristiano fervoroso. Otro sacerdote, Pierio, era tambien catedrático : rico de tesoros de ciencia que habia recogido con su inmensa aplicacion y talento, vivia pobre ; dialéctico enérgico, aplicaba á la teología el método que habia aprendido en los antiguos filósofos, y

merecia al mismo tiempo por su elocuencia el dictado de nuevo Orígenes. — En el Ponto, el santo obispo Melecio era llamado la *miel ática*, por causa de la dulzura y elegancia florida de sus palabras.

16. En ese mismo tiempo, edificaba la ciudad de Nola, en Campania, un santo confesor cuyas virtudes y gloriosa muerte le hicieron célebre. Félix, sacerdote, habia sido encarcelado en la persecucion de Decio, mientras que san Máximo, su obispo, habia podido hallar un albergue en el desierto á diligencia de Félix. Este, milagrosamente libertado, comparece en medio de sus conciudadanos admirados. La persecucion de Valeriano le obligó á esconderse en una cisterna seca, á donde una pobre mujer le llevaba diariamente un poco de pan para alimentarlo. La soledad desarrolló prodigiosamente en el alma de Félix las facultades meditativas; y de regreso á su patria, despues de la muerte de Valeriano, rehusó el obispado que le ofrecian los fieles, para entregarse totalmente á la contemplacion de las cosas divinas. Su lenguaje era lleno de gravedad y sublimes ideas; y le atraia un inmenso auditorio el ministerio de la predicacion, que sola le decidia á dejar la soledad: mas acabada la predicacion, vivia en un jardin aislado que cultivaba con sus propias manos, y cuyos frutos partia con los pobres. Solo llevaba un vestido que frecuentemente cambiaba con el de un mendigo; y cuando se le instaba sobrado para que recibiera presentes opulentos, respondia sonriéndose que solo anhelaba ser rico de la gracia de Cristo y de sus bienes eternos. Acabó así la peregrinacion terrenal en una vejez feliz, y fué enterrado en su amada soledad, á la que deseó permanecer fiel aun despues de su muerte.

17. Paralelamente á estos ilustres confesores de la fe, tenia el error sectarios fogosos. Hermias en el Egipto, Adas ó Adimante en la Siria y Palestina, Thomás en la Persia y aun en la India, todos tres discípulos de Manes, propagaban las doctrinas de su maestro. Los obstáculos que encontraban en esta obra de tinieblas no hacian sino animarlos mas y mas, y esta zizaña que el enemigo echaba por sus manos en el campo del

padre de familias, fructificaba en la sombra. Aparentes austeridades, y la hipocresía con que disimulaban lo que tenian de impío sus creencias, les granjeaban prosélitos: se acostaban sobre esteras de junco ó de cañas; tenian dias de ayuno y de abstinencia particulares suyos; afectaban, ante los simples, honrar á la santísima Virgen y las reliquias de los santos, cuando por otra parte miraban este culto como profano y supersticioso. Con tales medios lograron extender tanto su error, que en tiempo de san Agustín estaba esparcido por todo el universo, y aun este grande ingenio, antes de su conversion, fué presa suya.

18. El papa san Eutiquiano murió el 7 de diciembre de 283, despues de haber gobernado la Iglesia cerca de nueve años. Fuera de algunas crueldades particulares que de su propio movimiento ejecutaban algunos gobernadores de provincia, gozaron de paz los fieles durante todo su pontificado. Los santos Trofimo, Sabas y Dorimedon, en Antioquia de Pisidia, son los solos mártires cuyos nombres nos conserve la historia de esta época. Aun no habia llegado la hora de la gran persecucion. San Eutiquiano prescribió en ciertas circunstancias la bendicion de frutos y de ramas de árboles: instituyó, segun Burio, el ofertorio de la misa: quiso que los fieles que se habian casado con una mujer aun no bautizada, tuviesen el derecho ó de repudiarla ó de guardarla segun su conciencia, en lo cual no derogaba ni traspasaba las leyes romanas del tiempo (1). Lleno de solicitud por la conservacion de las reliquias de los mártires, mandó que estuviese su cuerpo amortajado siempre en un *colobio* ó dalmática encarnada; pero antes se les envolvia en telas blancas teñidas de su sangre. San Eutiquiano fué enterrado en el cementerio de Calixto; luego trasportado á la ciudad de Luni, su pueblo nativo. Despues de la ruina de esta poblacion por los Bárbaros, fué depositado en Savona, á donde se transfirió la silla episcopal de Luni.

(1) *Historia de los soberanos Pontífices romanos*, por el caballero Artaud de Montor, tom. 1, p. 129.